



TALLER DE SUBJETIVIDAD DEL MAESTRO

MANIFESTACIONES EMOCIONALES

MANIFESTACIONES EMOCIONALES EN DIFERENTES CONTEXTOS SOCIALES

¿Es posible que una misma emoción sea interpretada de maneras completamente diferentes, según el lugar, las personas involucradas y el contexto en el que se manifieste?

Comprender las manifestaciones emocionales en diferentes contextos sociales es fundamental para quien se forma como educador de la primera infancia. Se invita, entonces, a iniciar este recorrido partiendo de una premisa: las emociones, aunque universales, no se expresan de la misma forma en todos los espacios.

En primer lugar, resulta necesario considerar que las emociones no solo dependen de la vivencia interna, sino también de las respuestas que el entorno social proporciona (Pallarés, 2010). De hecho, en cada cultura, familia, grupo escolar o comunidad, se transmiten normas, valores y expectativas sobre cómo se "debe" sentir y expresar cada emoción. Así, por ejemplo, en algunas culturas es aceptable llorar abiertamente en público, mientras que en otras se enseña que el llanto debe ser reservado para la intimidad.



Ahora bien, no se puede perder de vista que el contexto social no solo regula las emociones, sino que también moldea las formas en que estas son comprendidas y canalizadas (Jimeno, 2019). Una expresión de alegría en el entorno familiar puede ser diferente a la que se presenta en el ambiente escolar o en un espacio religioso. Del mismo modo, una manifestación de enojo puede ser alentada en ciertos espacios como signo de autenticidad, o reprimida en otros como señal de falta de autocontrol.

Al analizar la infancia propia, surge una reflexión inevitable: ¿en qué contextos se aprendió a expresar las emociones y cómo esos aprendizajes siguen influyendo en la vida adulta? La familia, como primer escenario de socialización, cumple un papel esencial. Allí se aprende, muchas veces de manera no explícita, qué emociones son valoradas, cuáles son ignoradas y cuáles son castigadas. A este escenario se suma la escuela, espacio donde se enfrentan nuevas normas y expectativas emocionales, ampliando o, en algunos casos, restringiendo las formas de expresión aprendidas en el hogar.

Además, es importante reconocer que no todas las emociones son valoradas por igual en los diferentes contextos. Se suele reforzar positivamente la expresión de emociones como la alegría o el afecto, mientras que la tristeza, la rabia o el miedo tienden a ser minimizados o censurados. Esta jerarquización emocional puede dejar huellas profundas en la manera en que, incluso hoy, se experimentan y comunican los propios sentimientos.

Por otra parte, no puede pasarse por alto que los roles sociales asignados también influyen en cómo se manifiestan las emociones. No se expresa igual la tristeza siendo un niño que una niña, o la rabia siendo estudiante frente a un docente. Estos matices sociales, culturales y de género, complejizan aún más la comprensión de las manifestaciones emocionales en la infancia (Montañés, 2005).



Frente a este panorama, se plantea una reflexión crítica: ¿qué emociones fueron más aceptadas en la infancia?, ¿cuáles se aprendió a ocultar o a transformar?, ¿qué tanto de esas enseñanzas se sigue reproduciendo en las prácticas cotidianas actuales, especialmente en el trabajo con la infancia?

Reconocer estas dinámicas permite no solo entender mejor el propio recorrido emocional, sino también tomar decisiones más conscientes al momento de acompañar a niñas y niños en el desarrollo de su mundo afectivo. Se convierte, entonces, en una responsabilidad ética construir entornos donde todas las emociones sean reconocidas, validadas y acompañadas, no solo aquellas que resulten más cómodas para los adultos.